

Querido calcio

Antes de convertirse en estrella indiscutible de la NBA y mientras su padre anotaba las últimas canastas de su carrera en Italia, un pequeño Kobe Bryant soñó ser Maradona, Baggio o Marco Van Basten.

Texto de Francesc Guimerà / @cescguimera
Fotos de Cordon Press

Recién llegado a la NBA, Kobe Bryant destrozó una habitación de hotel en Houston. Había alcanzado con solo 18 años un sueño inabarcable para el mayor número del común de los mortales, jugar en la mejor liga de baloncesto del mundo. Pero para él, el sueño era obsesión. Firmó dos discretos puntos en apenas cinco minutos en pista mientras en Nueva York, la Meca del baloncesto, el Madison Square Garden, se rendía frente Allen Iverson y sus 35 puntos. Años antes, cuando tan solo era un crío, las mismas frustraciones tras los malos partidos a punto estuvieron de hacerle cambiar el balón de baloncesto por el de fútbol.

Un adiós prematuro ofrece una nueva visión sobre la dimensión de toda una vida. Si se trata de una estrella global, joven y fallecida en trágicas circuns-

tancias, nace el mito, en el deporte y en el espectáculo. Kobe se fue como un ídolo cercano, un Dios de nuestro tiempo alejado de la estereotípica megastrella americana. Era un deportista y una persona de formación europea, tan de Philadelphia como italiano. El tránsito que marca el paso entre la infancia y la adolescencia, el que moldea el carácter y la personalidad casi como ninguna otra etapa de la vida, en que se desarrollan los gustos y empiezan a prenderse las pasiones, lo vivió en Italia, siguiendo los pasos de su padre Joe por el *pallacanestro*. Allí aprendió el idioma en meses, se empapó de las costumbres locales, cultivó amistades que mantuvo hasta sus últimos días y, como no podía ser de otra forma tratándose de Italia, se enamoró del *calcio*. El fútbol, la gran pasión que recorre el país desde los Alpes al Etna y el deporte que define como en un ningún otro lugar la gente, su

cultura y, sobre todo, sus diferencias. El pequeño Kobe Bryant, que de adulto se rindió ante el Barça de Messi, encontró de pequeño el primer amor futbolero, el que queda, en el Milan de los holandeses.

En Rieti, Reggio Calabria, Pistoia y Reggio Emilia, Kobe creció en Italia entre 1984 y 1991, desde los seis a los 13 años. Los Bryant no se encerraron en su castillo como la inmensa mayoría de los americanos que por entonces aterrizaban en Europa para jugar al baloncesto en un continente en el que apenas sabían ubicar los países en el mapa. A Joe 'Jellybean' Bryant le sedujo la perspectiva de comenzar una vida opuesta a la vivida hasta entonces, en una localidad de 50.000 habitantes a 70 kilómetros de Roma, después de nueve temporadas de carrera en la NBA con las camisetas de Philadelphia, Houston y San Diego, ahora los Clippers de Los Ángeles. Joe y su esposa Pam

Así despidió San Siro a Kobe Bryant, fallecido el pasado 26 de enero a la edad de 41 años. Su muerte provocó una enorme conmoción en el mundo del deporte.



#SEMPREKOBE



Kobe Bryant, orgulloso embajador no oficial del Milan, el equipo al que empezó a seguir cuando era un niño.

decidieron apuntar a sus tres hijos, Kobe, el mayor, Sharia y Shaya, a la escuela primaria italiana de Rieti. En apenas tres meses, el pequeño Kobe ya hablaba italiano y ejercía de traductor a sus padres.

"Si Kobe se convirtió en el jugador que es hoy es gracias al baloncesto italiano. En América se salta y se corre pero poca gente conoce verdaderamente los fundamentos del juego. En Italia aprendió el ABC de este deporte". En un perfecto español, Andrea Barocci, periodista del *Corriere dello Sport*, recoge una cita de Joe Bryant debidamente marcada en su libro *Un italiano di nome Kobe (Un italiano de nombre Kobe)*. **"Del deporte y de la vida"**, añade. El niño que en el mini-basket hacía llorar a rivales y compañeros, no fallaba una canasta ni pasaba un balón, que sometía a los entrenadores a tercer grados antes de los entrenos, al que tenían que echar de la pista en los descansos en los partidos de su padre, el que adoraba la comida italiana, que conoció la severidad de las escuelas de monjas, el chaval afroamericano que llegó a Reggio Emilia, al norte, con un marcado acento toscano, se crio en un entorno tranquilo, alejado de los conflictos del barrio de los que escapan la mayor parte de las estrellas de la *NBA*. Creció como un euroamericano difícil de encontrar, políglota, con interés por la cultura, la moda; buen lector.

Con apenas seis años, Kobe se escabullía de casa y cruzaba una ajetreada calle para adentrarse en un parque y lanzar durante horas a canasta. Varias de aquellas tardes acababan también con Kobe

participando en algún partido de fútbol. Desarrolló buenas cualidades con el balón en los pies y hasta fantaseó con la idea de ser futbolista profesional en una época en la que el *calcio* mandaba en Europa con la mayor congregación de estrellas del momento. Espigado, de brazos largos, pronto fue mandado a ocupar un lugar bajo los palos en aquellos primeros partidos, pero detener balones no era su fuerte. Le faltaba coordinación, reconoció. **"No era nada del otro mundo. Empecé como portero, pero tampoco se me daba muy bien. Así que avancé un poco en el campo y terminé jugando de centrocampista"**, explicó preguntado sobre sus primeros contactos con el fútbol. Lo que Kobe aseguró sacar de todas aquellas horas de *calcio* fue una particular lectura del juego y los espacios, pero sobre todo una armonización de movimientos que le ayudó a desarrollar técnicamente un juego de pies cada día más extraño de encontrar en las pistas de la *NBA*.

Aquel niño que soñaba en jugar en la *NBA* en su cuarto, que lanzaba los calcetines enrollados a la papelera, también soñaba a ratos, en ser Diego Maradona, Roberto Baggio, pero, por encima de todos, Marco Van Basten. Los Bryant vivieron en Milán mientras el equipo redimido por Silvio Berlusconi recién aterrizado en San Siro al ritmo de *La cabalgata de las valquirias* derramaba éxitos con Arrigo Sacchi al frente. De segunda al *Scudetto* y a dos Copas de Europa consecutivas. El Milan se imponía en Italia y en el continente e *'Il Cavaliere'* creaba la mejor de sus

Su padre era amigo del interista Matthäus; él prefería el gran Milan

plataformas de acceso a la popularidad. Joe Bryant se hacía buen amigo de Lothar Matthäus, entonces una de las estrellas del Inter, pero el pequeño Kobe se decantaba por los éxitos milanistas. En el país de estetas en todos los ámbitos de la cultura en el que el talento en el fútbol siempre ha estado en entredicho, Kobe se posicionó en el bando del reducto *'fantasista'* y entre el talento de Rijkaard, Gullit, Maldini, Massaro, Donadoni o Van Basten eligió al genio frágil que, con su volea de museo, por fin premió a la infortunada Holanda en 1988.

Hoy en día no es complicado ver a estrellas del baloncesto *NBA* vestir camisetas de *soccer*. LeBron James incluso posee acciones del Liverpool, aunque pesa más el negocio que el amor a los colores. Cuando Kobe Bryant llegó a la liga en 1997, la *Major League Soccer* recién daba sus primeros pasos como contrapartida a la organización del Mundial tres años antes. Entonces solo un canadiense de juego frenético y pintas de roquero, un extraño elemento en el basket americano, declaraba también su amor al fútbol. Steve Nash, dos veces Mejor Jugador de la *NBA*, al que los últimos gritos de *'MVP'* le han llegado desde las gradas de los campos españoles a medida que el Mallorca recuperaba categorías camino a Primera, es un reconocido seguidor del Tottenham. Su padre fue futbolista profesional en Inglaterra y Sudáfrica, y su hermano también pasó por Gran Bretaña, donde llegó a vestir la camiseta del Macclesfield Town, en cuarta división, y sumó una treintena de internacionalidades con Canadá.

KOBE, BARCELONA Y EL BARCELONA

Kobe Bryant alcanzó los últimos éxitos de su carrera al lado de su 'hermano' Pau Gasol. El vínculo con Pau y el declarado amor de Kobe por el Barça de Ronaldinho, primero, y de Leo Messi, después, incluso hizo creer a los más ensoñadores en un epílogo del baloncesto de las dos estrellas sobre el parque del viejo Palau Blaugrana. La historia de Kobe y el Barcelona se podría escribir desde lo puramente poético, pero sus orígenes son fundamentalmente prosaicos. No fue Pau sino Shammond Williams, discreto base que vistió la camiseta azulgrana antes de enfundarse la de los

Lakers, quien recomendó a Kobe la capital catalana como destino de vacaciones. Williams pasó sin dejar huella ni en el Palau ni en el Staples Center, pero gracias a su consejo comenzó a forjarse una amistad que marcaría el baloncesto en los años posteriores. Kobe y Pau coincidieron por primera vez fuera de las pistas en Barcelona. Ocho meses después, el catalán era jugador de los Lakers y juntos alcanzarían tres finales y dos títulos de la *NBA* de forma consecutiva, los últimos de la laureada franquicia californiana.

En aquellas vacaciones en Barcelona, Kobe se plantó en un coche negro con los cristales tintados en el acceso del Camp Nou. Se presentó a los guardias de seguridad y les soltó **"Hola, soy Kobe Bryant y sería un privilegio poder presenciar el entreno del Barcelona"**. La incredulidad se tornó en sorpresa cuando Oriol Bonsoms, responsable de comunicación de la sección de baloncesto comprobó que sí, se trataba de Kobe Bryant. No era su primera visita al equipo azulgrana ni fue la última, como también se dejó ver por Milanello, la ciudad deportiva del Milan, en alguno de sus viajes por Italia. Su primer contacto con el Barcelona se produjo un año antes, en la gira azulgrana por los Estados Unidos. Allí se encontró con uno de los grandes ídolos de su infancia, Frank Rijkaard, al frente del Barcelona, y Ronaldinho le presentó ante su sorpresa al que **"será el mejor de la historia"**. Era un joven Leo Messi.

Cinco veces campeón de la *NBA*, *MVP* de la liga, 18 veces *All-Star*, cuatro veces poseedor del trofeo al mejor jugador de ese partido de las estrellas que ya lleva su nombre; cuarto máximo anotador de la historia de la *NBA*, capaz de lograr 81 puntos en un solo encuentro, la segunda mejor marca después de los 100 de Wilt Chamberlain en 1962; dos veces campeón olímpico, en Pekín y Londres, Kobe Bryant falleció a los 41 años en un accidente de helicóptero en California en el que murieron los ocho ocupantes del aparato, entre ellos su hija Gianna Maria Onoro, 'Gigi', de 13 años. La 'Mamba Negra' llegó con Jordan y se marchó con Curry y LeBron James, ofreció un relevo indispensable para la liga y se ganó al aficionado en lo sustancial, la emoción que se antepone a los números. Creció sin ocultar su obsesión casi enfermiza por emular al mejor. No fue Jordan, pero sí el que más se le acercó. Y vivió sus 20 temporadas en activo en oro y púrpura, en los Lakers de la capital del espectáculo. La de Kobe Bryant fue una carrera de película, oscarizada, a la que Disney puso vida y John Williams la banda sonora. *Dear Basketball* se llamó el corto premiado que animó su declaración de amor al baloncesto. Pero Kobe conocía una pasión a otro nivel. **"Me crié en Italia y desde muy pequeño vi que el fútbol se vive de una forma totalmente distinta"**, dijo una vez. La *NBA* es quizá la única de las grandes ligas americanas que el resto del mundo se siente propia, y Kobe Bryant era su estrella más accesible por esa pasión compartida. Por eso fue tan llorado en Los Ángeles como en Barcelona o en Milán. Sobre el parque y sobre el césped. 🏀